

la escuela, una como prolongación del hogar; fábrica de almas, donde, con arte delicadísimo, se informa y elabora la primera materia humana que la naturaleza ofrece. Sin duda la preocupación intelectualista domina aún en la enseñanza práctica, cargando de ominoso y estéril bagaje a la memoria, rellenando hidrópicamente los programas, atenta más a la cantidad que a la calidad del saber, creyendo cándidamente que así pertrecha el educando para las luchas de la vida; llevando a la obra de la instrucción las codicias acaparadoras del capitalismo, con riesgo evidente de producir el «surmenage» y tras él la imbecilidad, la neurosis, la enfermedad, el desaliento, la tristeza y el hondo e incurable hastío. Mas, la protesta contra tal estado de cosas, fuertemente acentuado en el campo de la pedagogía teórica, promete un pronto remedio. A falta de otros motivos, no tardará en procurar el propio exceso del mal. Antes de mucho, será la escuela en Europa lo que debe ser; estancia intermedia entre el hogar y la sociedad, de donde los que entran niños salgan hechos hombres, sanos de cuerpo y alma, formado el juicio, educado el sentimiento, contentos de vivir y dispuestos a arrostrar valerosa y dignamente los azares todos de la existencia.

De cierto es esta labor educadora mucho más árdua y difícil que la que consiste en enseñar la conjugación del verbo o la tabla de multiplicar. Ha llegado hasta a negarse su posibilidad. Confundiendo la persistencia del temperamento con la de la condición moral, se ha proclamado por muchos la teoría schopenhaueriana de la inmutabilidad del carácter, que persevera innoble durante toda la vida. La sabiduría popular sancionó ese prejuicio con los conocidos adagios «Genio y figura hasta la sepultura» y «Lo que entra con el capillo, sale con la mortaja». La ciencia moderna ha venido a corroborarle, haciendo del carácter individual la potenciación de una secular labor hereditaria, contra cuyo incontrastable arraigo se presumen impotentes todas las influencias actuales. De largo tiempo pasa para no pocos, como verdad inconcusa, que si la humanidad progresa incontestablemente en la esfera intelectual, por lo que hace a los sentimientos y a las pasiones, el hombre de hoy sólo difiere en la apariencia del contemporáneo del «mammoth». Por dicha, ni la historia, ni la experiencia confirman tan desoladora doctrina, que haría inexplicable toda evolución progresiva y nos condenaría a un estancamiento sin esperanza, mil veces más duro que la muerte.

Difícil, sí; imposible, no. Cuando se considera el carácter ya formado, cristalizado, petrificado, definitivo en el adulto, disculpable es la sospecha de semejante inmovilidad. Pero en el niño procura la naturaleza al arte una materia laborable todavía indecisa, fluida, adaptable, plástica, capaz de recibir y conservar por toda la vida el sello que logre imprimirle

una habilidad exquisita. Quién ante ella declare la empresa inasequible, hará mejor en imputar el fracaso a su propia torpeza que no a la fatalidad. Sin duda no es el espíritu del niño la tabla rasa que imaginaba la vieja psicología. No es el ángel caído del cielo que supone Rousseau, ni el monstruo de malos instintos que nos describe La Bruyère. En esa encarnación de toda la vitalidad de una ascendencia inmemorial, ha depositado la herencia gérmenes de vicio y de virtud, tendencias de bien y de mal, los sentimientos que ennoblecen y las pasiones que degradan. Deber es del pedagogo, sea padre o maestro, introducir en esa alma la guerra civil, con la razonable esperanza de que, bien dirigidas, las virtudes saldrán al cabo triunfantes de los vicios. Gracias al influjo benéfico de educación, cabe prometerse que cada una de las generaciones que han de ir llegando a la vida, aporte en su seno fecundo una como renovación de la humanidad. Y en medio de tantas ruínas, de tantas decepciones, de tantos y tan amargos desalientos cuantos entristecen al espíritu contemporáneo, la eficacia de la obra educadora, acometida y comenzada con valentía, con firmeza, con fe en el triunfo definitivo, sin timideces sórdidas, sin prevenciones egoístas, sin miedo a lo mejor, sin intento de reducirla a una servil acomodación del educando, a un ambiente social viciado acaso y corrompido, abre en el porvenir perspectivas infinitas. Si nosotros lográsemos educar a la generación que llega, conforme al más alto ideal de vida que nos sea dado concebir, ¿qué no haría a su vez esa generación educando a la siguiente conforme al suyo? ¿Y qué esperanzas no cabría alentar en el porvenir de la especie, fundadas en la progresión geométrica del bien, que habría de resultar de ser, cada generación, formada según la más elevada concepción del mundo y de la vida que inspirase a su predecesora?

Cuando ese sueño sea una realidad, ninguna misión habrá en la tierra, comparable, humanamente hablando, a la augusta misión del maestro. En cuanto cabe en el poder del hombre, su obra será una especie de creación; animando a la estatua humana, realizará casi el prodigio de Pigmalión. ¿Qué legislador, qué estadista, qué conquistador, qué sabio, que poeta podrán rivalizar con el humilde obrero, en cuyo yunque se forjan almas, de cuyo taller salen hombres? Las creaciones de ese arte privilegiado, único, no serán las concepciones fantásticas, quiméricas, del genio literario, sino seres reales, animados, palpitantes, de carne y de sangre, destinados a conocer, a amar, a querer, a vivir, a difundir por el mundo la obra de bien y de verdad, transmitida así en serie infinita, de generación en generación, y repercutiendo en la historia por siglos de siglos.

ALFREDO CALDERÓN

EXCURSIONISMO

LA BOIRA

La boira vé a ésser com un tallant que decapita el cim de les muntanyes.

La boira fa també de capell i amaga dessota ses grans ales un sens fi de bel·leces perquè l'home, que sempre és tafa-ner, deixi en repòs la quietud dels cims a fi de que les plantes i roques gosin de dolça intimitat acaroades per sa germana, la boira, que les besa amorosament.

Per això a nosaltres, malgrat veure el cim del Montseny cobert de boira, la curiositat va empenyent-nos per a saber què hi ha per allí. Potser cometerem una imprudència: més el que us direm ja quedarà entre nosaltres.

Podríem creure que és de nit si no fós una blancor grisa que ens priva de veure res a una distància de tres passes; les roques aparenten sortir de les tenebres, no donant-nos compte d'elles fins que les tenim a tocar. De sobte ens apareixen com espectres en el revolt de la carretera. D'unes, només en veiem la faç, esfumant-se son cim al mig de la boira; altres, al revés, el sócol és perdut per entre la boira i sembla que volin per l'espai sostingudes per fils invisibles.

Se sent una quietud estranya. La soletat regna entorn nostre. Ens apar que la Natura dorm per a recuperar forces en entrar de ple a la primavera.

La boira pesa en nostres testes com un pes insuportable. Els abets estenen ses branques negroses com si en fessin guàrdia i al mateix temps ens amansessin. En mig de l'espessor d'una fageda ens aturem. De llenya no ens en manca, i prompte s'abranda. Ens deixa el mal humor, i fins sentim certa satisfacció. La boira, no marxa, i darrera seu hi ha un món que desconexim i que cadascú se l'imagina a sa manera. Els arbres degoten, i en caure les gotes a terra, damunt l'encatifat de fulles, ens sembla sentir les petxades dels follets.

Deixem el foc amb certa recança; devallem muntanya avall i fins que som a prop del pla no ens veiem lliures de la boira. Mirem enrera. La tupida glassa segueix cobrint la muntanya de nostres mirades indiscretas i no sabem si alegrar-nos o entristir-nos.

Més, vosaltres, excursionistes, enamorats de la terra mare nostre, si mai voleu anar a la muntanya i hi veieu boira, no hi aneu, ja que les muntanyes fan com les famílies: tenen moments en que volen gosar entre elles, en pau i quietud, en íntima reunió; i visitar-les és inoportú. Podria passar-vos com a nosaltres, que us rebessin malament.

CUCH